

PQ
8550.26
.A75
E78
1995
cop.1

Esdras Parra

MONTE AVILA EDITORES
LATINOAMERICANA



ESTE SUELO SECRETO

Directa y precisa la escritura de Esdras Parra surge en éste, su primer libro de poesía, impulsada por un deseo profundo y misterioso que recorre los espacios más íntimos del ser, bajo el influjo del juego y del movimiento

**MONTE AVILA EDITORES
LATINOAMERICANA
A L T A Z O R**

ESTE SUELO SECRETO

POEMAS 1992-1993

Esdras Parra

**MONTE AVILA EDITORES
LATINOAMERICANA**



1ª edición, 1995

Foto de portada
LUIS EDUARDO LÁZARO

D. R. © MONTE AVILA EDITORES LATINOAMERICANA, C. A., 1993
Apartado Postal 70712, Zona 1070, Caracas, Venezuela
ISBN: 980-01-0922-6

Diseño de colección: Carlos Canudas y Vicky Sempere
Realización de portada: Claudia Leal
Fotocomposición/paginación: La Galera de Artes Gráficas

Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

PQ
8550.26
.A75
E78
1995

a Débora Bata,
con amistad y gratitud

Penetra sordamente en el reino de las palabras

Carlos Drummond de Andrade

*Mi sueño es duro y dura, porque ha sufrido el temple
de la dura realidad*

Pierre Reverdy

Todo poema se cumple a expensas del poeta

O.P.

Si la voluntad te elige como potro
su figura de viento
hay que colocar la muela
en el ojo de la aguja
hay que ser potro primero
y luego buscar la perfección del hígado
los rostros del frío y del asombro
para ser de nuevo hombre.

Oh sueño
escarba tu origen en mi máscara
muere por mí
tu cuerpo no descansa
en la misma arena de mis sentidos
ni se acuna mansamente en mi noche
reivindica al sabio
que extiende su sombra para dormir
y siembra sus palabras
al otro lado del día.

No esperes que la soledad
liquide tus cuentas bancarias
pide al sol
al aire
que enhebre tus fantasmas
en esa tierra de nadie
que es la noche.

Estas opiniones sobre tu vida
queman tus labios
arrastran en silencio
el pan rancio de tus ideas
no te detengas ante el umbral
de esa morada
que hace girar polvo y ceniza
sobre tus sienes
las nostalgias
los bosques
se enredan en tus piernas
mientras persigues
la fervorosa quimera.

Has recorrido
los espacios en sombra
el ayer fracturado
la ciencia de los desmanes
el invierno que sirvió de refugio
a tus desvelos
ahora vuelve la página sin color
de tu cautiverio milagroso
con el presentimiento
de que no volverás.

De tu dolor rebelde
sólo queda el resuello
la paciencia encaramada
sobre tu nuca
y aunque desees que el tiempo
cierre su ataúd
y se vacíen las casas
no obtendrás de la pena
sino raídas preocupaciones
y un malestar
debajo de tus costillas.

Nada te pertenece
salvo la ducha fría
y los cielos sin alba
el silencio tiránico
que nunca has querido comprender
y la yunta de bueyes
que arrastra el pesado barrio
de tus afanes
hechos a tu medida
pero la nieve duele
cuando cae sobre el corazón.

Siempre te preguntas
qué hay más allá
de tus pesadillas

en ellas creo

me someto al fuerte aguacero
levanto la solapa de mis amores
caigo de espaldas sobre el silencio

como la membrana que separa
el mar de la tormenta
eso eres
para no perder la costumbre.

No busques dentro de ti
esa lluvia caída en tu casa
esa lluvia que se embriaga
mientras más sopla

no busques dentro de tu oficio
que camina por diversos tejados
y te envuelve con su vocerío

ni en el oro nervioso
hecho polvo hacia mediodía
alrededor de tu cabeza
que tiene por fin una muerte sencilla.

Concédete el espacio para la serenidad
oh cuerpo
trabajado por la duda
enhebrado por el dolor
al que siempre vuelves
que alimenta tus incógnitas.

Date prisa
no hay tiempo para la postración
nadie te acompaña
el fuego no crece en los árboles
pero cae sobre tu cabeza

he pasado a cuchillo
cada uno de tus temores

he echado los cimientos
de tus riquezas
sobre estas ruinas.

Concédete el espacio para la calma
sigue la huella de tu silencio
ella te llevará a la claridad
de tu lengua
pues no hay sino polvo y humo
en los confines de tu desesperación.

He visto tus sueños
en el follaje de tus ojos
abriendo un horizonte de ceniza
listos para morir
y la lumbre inocente
que salta de rama en rama
te trae el color de la tierra
a la que debes habituarte
antes que la bruma
crezca dentro de ti.

Tu casa no se halla en el mar
ni más acá
en el otoño
una lágrima te expulsará
de la tierra
alguna ventana se quedará
para ver morir la nieve
pero en tu desierto
sólo hay
una boca que clama.

Que la costumbre sea tu casa
y la estatura de tus males
se ponga en pie
sobre el césped
o lengua clandestina
que crepita de frío
ante tus enigmas
y se sienta a tu mesa
a la hora del almuerzo.

No te des por satisfecha
de tus contradicciones semanales
ni del diamante

que encuentres
entre las páginas de tu propia vida
vida no tendrás

antes de morir
aunque las piernas te tiemblen
o te rebeles contra tu destino.

Y cuando te abres paso
a través de los abismos
no miras hacia ningún lado
te atienes a la visión
del foso y del vacío
extiendes las manos
para palpar las sombras
y sonríes
aunque te falta mucho camino
y no te demoras.

En esa encrucijada
que es tu vida
donde los caminos no tienen nombre
y los pasos se miden hacia adentro
como si buscaran sus orígenes
no hay océanos secretos
ni amaneceres bajo el puño
sólo la espera sin fondo
y el espesor de la soledad.

No levantes la piedra
donde la nostalgia duerme dulcemente
no alborotes los gritos que andan
de rodillas
ni remuevas la fantasía de la esperanza
que enloquece antes de soltarte
de sus garras
ellos echaron raíces
tras los muros de tu casa.

En el origen de tu memoria
no hay olvidos silenciosos
sólo un desvelo rígido
un astro horizontal
un cielo hecho trizas
y el cordón umbilical
que te ata al recuerdo
a donde viajas
cada vez que te ausentas de ti.

La palabra que señala tu enigma
está escrita en el reverso de tus sueños
de una cuerda de aire

tensa

cuelga en silencio
en la superficie de la noche está escrita
y escrita atraviesa
el paisaje de tus días.

Levantas el aire
lo pones fuera de tu alcance
contemplas ese aire no nacido aún
su derrumbe pesa
sobre tus huesos florecidos
sobre el espacio
que consagras a tu devoción
ese aire es tu último grito
con él expresas tu inmovilidad
revolotea frente a tus ojos
antes de envolverte
con su sombra.

En tu sombra hay una llama viva
muchos ríos vestidos de sueño
escaleras que suben hasta el silencio
o echan raíces en el humo
hay un aire que relampaguea
como perseguido por una ausencia
un insomnio
hecho de albas y crepúsculos.

Esa lluvia blanca
que cae dentro de ti
y siembra el otoño antes de tiempo
que aposenta sus aguas
en tus tuétanos
nunca establece distancia
entre su ofrenda y tu boca.

Has confiado en tu suerte
que nunca desempeñó bien su papel
que le faltó coraje para seguir su camino
esa suerte insensata
asomada a tu noche
con miedo en las rodillas
y un hambre que hace crujir los huesos.

Cómo te despeina
el canto del gallo
y su lumbre
y las piedras mohosas
de tanta espera
el doloroso color de los tejados
la ventana ardiente
que dejan pasar tus días
y tienen prisa para morir
detrás de tus espaldas.

Has viajado
dentro de tus orillas
con invisible trabajo
las páginas no perdonan
con esos signos
que se deslizan con brusquedad
donde navegan las palabras
donde el pensamiento
se retuerce
y la memoria se inflama

por la carne y el polvo
en que se reconoce tu abismo
donde el abismo echa anclas.

Buscas la respuesta
que sobrevivió
a tus desengaños
o quiso esconderse
en el hueco de una muela
y quedó reducida a cenizas
la respuesta que camina
de cabeza
para lograr mayor estabilidad
para escapar de sus deseos
y no mostrar su cara vacía
y asumir lo fútil
como defensa
esa respuesta está condenada
a la vida eterna
por eso ahora
te regocijas en tu mudez.

Si conocieras los arroyos
que plantó el destino
mirando hacia atrás
que vuelven al sitio
de donde vinieron
y el agua que se va a pique
en tus huellas encharcadas
no pondrías barro
en tu herida.

Esa noche que pregunta por ti
y separa la bondad de la dureza
no tiene tus mismos sueños
no se queda fija en mitad del viento
ni se rinde al culto de la mañana
sólo busca refugio
en ese cielo sin presagios
de tu pobre
infinita miseria.

Sólo hay lágrimas en tu camino
y memoria de oscuridad y miedo
soledad apilada en manojos
heridas que germinan a último minuto
y polvo que no deja rastros
y una congoja sorda a tus reclamos.

Levántate
los muros de tus sueños
no ceden su espesor infinito
los nombres que anidan
en tu cuerpo
siguen perteneciendo
a tus entrañas
pero la desdicha carece de magia
aunque se afiance en tu saliva
que jamás tuvo sed.

Esa oscura cicatriz
abierta en tu camino
residuo de la fiesta
después de desollada la manzana
ese atajo de silencio
abandonado por el cielo
plegado sobre sus rodillas
inmune a todo contagio
por donde se vislumbra
la sombra del plátano
están detrás de ti
y dan su fruto.

Nunca serás caballo
o quizá
el relincho que sale de tus huesos
te persigue desde el fondo
de tu deseo
como el reflejo de un olvido
subiendo hasta tu corazón.

Las voces que te duelen
echadas al olvido
el amor que flagela
y no conoces su origen
el dolor que no espera
que busca tus raíces
y camina por tus sueños
no son sino espejismos.

Te ha vencido el invierno
y la nieve en declive
que deja escurrir su savia
en tus brazos caídos
el milagro de la eternidad
subiendo los primeros peldaños
el fracaso de la impaciencia
sostenida como último recurso
el desafío de la sencillez
como norma de conducta
el viaje del dolor
hacia el silencio.

Si buscas un refugio
siempre lo hallarás
en el móvil de tus días
que a la altura de tus ojos
camina dentro de ti
en el olvido
que se va con las mareas
y nunca da marcha atrás
ni hace de la nostalgia
una fiesta.

Nunca podrás ver cara a cara
la tiniebla que eres
el misterio de los días
navegando a favor del viento
el canto del rocío
cuya hondura desconoces
el corazón que vive
secuestrado en el humo
y no mira hacia la eternidad
designio final de su viaje.

Tu mano ha apresado todos los cielos
sembró las estaciones y los climas
y los puso en hilera
esperando a que germinen
una mano que te dio mucho trabajo
nunca demasiado sincera
con defectos en las articulaciones
a veces casi inofensiva
pero siempre tenaz y sin escrúpulos
y por eso fácil de engañar
cuando se le da otra ocupación.

Muda deberías estar
con lo que ha visto tu insomnio
las salpicaduras de la noche
acechando en cada hora
la muerte que no ofrece caricias
que se posa en silencio
sobre el techo de tu casa
apretada dentro de su espacio
sin darte tiempo para llorar.

Nada has perdido en el círculo de tu grito
donde respira el abismo
que desequilibra tu balance

ni en la extensión del viento
cuyo corazón es la luz
a la que nunca das la espalda

ni en el anhelo
donde persiste la humildad del grano
y prolonga tu regreso a la costumbre

pero en el desahogo
recobras la naturaleza de la piedra
su absoluto vacío.

Te ha salvado el mito de tu silencio
las armas que desechaste por inútiles
la soledad habitada desde muy lejos
la pérdida de la domesticidad
el rechazo de toda desgracia
el recurso de la imaginación
que va directa a las cosas
el naufragio de tus amores
los muertos que enterraste sin honor.

La poesía no tiene edad
eso te dije muy entrada la mañana
cuando la hoja del plátano en el patio
se estremeció a instancias del viento

sé que tu mano abolió la espuma
y que escuchaste el crujido de la hierba
bajo la callada aprobación del cielo

tú mencionabas la caída de las hojas
como ejemplo de tu centro de gravedad

pensando que no había mejor forma
de reemplazar la escritura del poema
o tu devoción por las palabras

tenías mucho que decir
y disponías de muy buenas razones para hacerlo.

No abandones la esperanza
de nombrar la tierra
ese suelo herido hasta la raíz
ella provoca tus desafíos
y se acomoda a sus resonancias
cada palabra evoca sus orígenes
hace una rueda con sus confines
se sale de su sitio cuando la discriminas
nunca da respuesta a tus aplausos
pero establece la naturaleza
de tu destino
se presenta por sorpresa
y evita la gravedad de tu pensamiento
se queda callada ante tu silencio.

Esto quiero decirlo al comienzo del día
la arena secreta que da sombra a las rocas
se mueve hacia tu corazón

por eso amas el territorio riguroso
del verano
que echa a volar tus sueños
con el polvo
y asciende por el vivo color
de tus deseos.

Esta ausencia te sirve de sombra
el lacerado humor que rezuman tus huesos
el licor mutilado detrás del alambique
ese lugar escogido por lo inexorable

cada playa o cielo de posible dureza
muere en el día de tu nacimiento
cargado de siglos

pero en tu interior
sólo se mueve un rumor de bosque.

Dónde nace esa pared que anda en línea recta
y no conoce el cansancio

ella reúne tus caminos en gavillas
siembra breñas en tu memoria
multiplica las sombras debajo de tus pasos

con qué furor acaricia sus ecos
y libera el vuelo vertiginoso de sus vientos
antes de germinar en tu corazón.

No te pongas al alcance de las raíces
de todo lo que viaja hacia la oscuridad
una vez que has demolido tu lenguaje

no asomes tu mirada al fruto caído
sino para ver la cavidad de tu vigilia
contra la fría sentencia y el castigo

ella construye a solas la fábula de tu voz
y la hace retroceder a los límites de tu lengua.

No esperes nada
el lento ascenso de las piedras
su verdadera historia
las olas que se agrietan
o te ofrecen el abrazo de sus lágrimas
la tierra nueva
comprimida bajo el suelo
cuyo eco te estremece
ese sueño en forma de salva
sin sorpresas
testigo de tu capitulación.

En la pulpa del hueso
en su extrema blancura
no te bastará una noche
para saciar la pena
de haber nacido
el enigma de tu fervor
por la luz
que pide audiencia
a los pájaros.

Te has hundido en tus huellas
has rastreado en las zarzas
el escondite de tus pasadas desdichas

y la memoria esparcida como ceniza
sobre el fervor de tus años
persigue la voz
en el reverso de la página
ahora adviertes el exilio de tu inocencia.

Te has nutrido de esperanza
ese follaje de la costumbre
que te permitía el oficio
de la paradoja
por eso has extraviado
tus lamentaciones
llevadas a fuego lento
hacia el interior
de tu desacuerdo
que es tu casa.

No olvides la paciencia
el lugar sin origen
el reverso de tu yo
encaramado sobre tus edades
en el centro de la carne

ni el rocío que emana de tu voz
fruto de tu silencio.

Instalada en la memoria
intentas sobrevivir
durmiendo al descampado
nutriéndote de penas

porque te estremece
el licor del olvido
por eso vives
en la pulpa del día
que recoge fragmentada
tu fábula.

No encuentras el retrato
del solitario
el que dice adiós
ni te ajustas a la lágrima
que duerme en tu sueño
apenas atas la piedra al río
y te preguntas por la quemadura
de tu silencio
última etapa de tu peregrinaje.

Lo que renace aún está en ti
espera a que se desate
esa voz hecha de semillas
ese día indivisible
que se esconde tras la carne viva
con su grieta de soledad
abierta en tus riñones.

Si tu voluntad te conduce
a la cumbre
deja que la cumbre
cuente su fábula

libérala de los labios
hazla ganar la luz
hasta que te domine el goce
de ser un rastro.

Nunca pusiste a prueba tu mito
apenas te consolaste con la fe

la sombra de tus amarras
está hundida en la arena

y no tiene orillas

ahora descubres la aurora
que germina en el misterio
y prolonga tu sed.

Mas ahora este esfuerzo frío
construye tu pan
él enrojece como oro precioso
da sombra a tus días
y si miras la desnudez
del espejo
allí encontrarás
su palabra subterránea
depositada en el blanco del ojo
madurando en tu voz
con sus reflejos de acero
dormida bruscamente.

Has indagado en el lujo de tus amores,
lo que siempre fue una armonía, llena
de licencias. Ya puedes descansar de
tu cuerpo milagroso, que pones a salvo
todos los días, o tiendes en la cuerda
junto a las sábanas condenadas a un
rigor extremo.

Un día te olvidaste de tu cuerpo
esa imagen de niño
con lenguaje de aprendiz
te olvidaste del orgullo
más cercano a la trampa
que no quería nada del asunto
durante sus tertulias
y te olvidaste de lo que
endurecía tu cáscara
que cada tanto tiempo
cambiaba de dureza
o se entregaba a sus excesos
con suficiente furor.

No superaste el escollo de la esperanza.
Ni la inocencia vino en tu ayuda, oh
cuerpo sin corazón que ha cavado su
miseria sin conocerla todavía, sin una
idea de la deformidad, de la realidad,
del desgaste provocado por el accidente,
por la ley de tu destierro.

Te acostumbraste a la soledad
al camino despojado de fiestas
a la comedia sin adornos
donde la desnudez
es un secreto de la tierra
contado en baja voz
apenas un balbuceo
o su espejismo.

Has hecho de tu lenguaje
una existencia
un rostro vuelto
hacia el estallido de la pólvora
de la noche un sueño
mirando hacia el ocaso
cada palabra toma el último vagón
en un viaje que se tiende
junto al agua fresca.

El círculo de voces
que trazaste en torno a ti
en el que duele cada anochecer
comprime tu lengua
y no descarta la desdicha
pero la vigilia te lleva de la mano
igual que el lamento
de la despedida
y toma por asalto
el oficio de tu casa.

Aún estás vivo
y colocas la mano
en la soledad
en el hombro de la desdicha
como si ella se moviera
con tu destino
tu rostro maduro
bajo el canto del gallo
apagado en el polvo
que no aguarda
para ahogar su secreto.

Has dado tu batalla
pero a la inversa
encajonando tus manos
llenándolas de luz
has trasladado
tus derrotas
sobre ruedas
por consideración
a su inutilidad
por su uso doméstico
de acuerdo con su tamaño
o su materia común
como prueba de tu prudencia.

Si el camino depende de la tierra
no te queda sino la borrachera del bosque
la cima de las lágrimas
cuyo uso está escrito

pero te inquieta el movimiento
del cangrejo
como si fuese una impostura
una dimensión oculta de las rocas
que es necesario dejar sin contenido

pero la fatalidad está al final
de tus contradicciones
con su desplazamiento submarino
su engranaje con igual número
de posibilidades
su dificultad interior
que cada vez aumenta de tamaño.

Esa infancia que arroja sombras como humo,
sostenida en vilo, a espaldas de tu breve
vida, llevada hasta el desparpajo a causa
de tus excesos, amenazada por el fulgor de
tu sangre, a la que miras por el ojo de la
cerradura, modificada por tu avidez y tu
ocio, extraída candente del horno, esa
infancia no te ha sido fiel, bastante
trabajo te ha dado colocarla en su sitio.

En la orilla de tu tierra
no hay mar
pero el viento saluda
con sus armas
levanta su curvatura de buey
para ofrecerla en sacrificio
en señal de paz
corona de barcos sus islotes
hunde sus huesos
en sus imperfecciones
como si se tratara de su vestidura
dejando libre sus entrañas
para conquistar sus raíces.

A quién preguntar
por tus amores
que a medianoche
se arrastran por la tierra
devueltos por fin
a su inexistencia
cerrados sobre las grietas
que rodean a tus pisadas
en el espesor
de su desnudez.

Tu vida es como el canto de los pájaros
brota desde el color de las horas
como una calle ciega que busca su camino
y se aferra a unas briznas de esperanza
como la tierra cuando detiene sus pasos
como el muro derruido que asciende
hacia tu total destrucción
o no mira más allá de sus narices.

Lo que ignoras
rueda junto a tus pies
como el alba caída
desde lo alto del armario
con suficiente precisión
agrandada en su ruta
donde dormiste
llena de nostalgia
nunca presentiste el énfasis
que cuarteas tus sueños
ni el vacío
que pusiste a caminar
en el barro.

Júbilo es lo que sembraste y no sequía
en el polvo

lo que tiene laderas con otro nombre
y se comporta de modo particular

a causa del rigor del verano
de este verano

arremolinado en torno a tu puerta

sin pedir permiso para rodar con
las piedras
revoloteando todo el año

mientras tú aras en el árido viento.

En tu recuerdo nace el bosque
el bosque y el recuerdo
nacen en ti
quítale los labios al recuerdo
y verás la muerte cara a cara
pero no eres árbol
aún así naces en el bosque.

En esta hora
salvada de los días
salvada de los vientos
cuando el silencio
se oculta en
mitad del fogón
por respetuoso tacto
y la melancolía
esa señal del desaliento
perpetúa el asesinato
de todos los poderes
que nunca tuviste
que te traicionaron
que ya no te servirán.

Sobre este cielo tallado en piedra
sobre este granito
puedes construir tu camino
bajar hasta el calor de las rocas
interrogarte con respecto a este punto
comprimirlo con el pulgar
como si se tratara de una
herida purulenta
separarlo de la corteza
de la piel o de las cenizas
que evocan monumentos
túmulos en profundidad
cavados fuera de su volumen
puedes
si quieres
emparejar tu orgullo y tu miseria
cambiar el curso de sus aguas
acomodarlo a tus propósitos.

El destino se señaló
esta morada
este páramo en llamas
al final del día
donde el aire no suena
pero arde a fuego lento
con los párpados cerrados
te señaló esta
casa desnuda
rodeada por el horizonte
y edificios en construcción
floreciendo como claveles
te señaló
en fin
este sueño cerrado
en sus confines
ajustó tus pasos a los días
y lo hizo costumbre.

No conoces del viento sino su fría libertad
instalada en el fondo de tu respiración
traída por los cabellos

cuando la necesitas

arrastrada por la pendiente en sombras
retrocediendo como una herida

abierta en el combate.

Aún sigues clausurada por fuera
como si la batalla continuara
pidiendo perdón a las muelas
que tanto dolor exigen
que la soledad consume
y nunca te hacen justicia
que duermen detrás de los caminos
poniendo las armas a secar.

Lo que alumbra tu rostro
lo que arde al calor del cielo
y martillea tu corazón
echa a andar tus naves sobre los campos

es la derrota de la infancia
mirando a través de la puerta
por donde entra tu memoria.

Tu corazón galopa
casi perdido en el sueño
bajando hasta los escombros
navegando contra su propia tormenta
no se ausenta de la luz
pero se desnuda bajo el cielo
modifica sus sentidos
sin tomar en cuenta su cansancio
y resplandece dentro de sí
agrandado por el día.

Esa muerte que atraviesa el día
y te pisa los talones
no te pertenece
pero germina en tu sed
escapa a tu atracción
con su vida de exiliada
pidiendo que no se acuerden de ti
evitando dar las pruebas
para reemplazar tus virtudes
esa muerte amarga
no ama el crepúsculo
pero cabe en el cuenco de tu voz.

Si a cada tramo renaces
como viniste al mundo
picoteando el lomo del pájaro
hundida en ese sudor
que gotea como un astro
en mitad de la sequía
acercas el oído a la bondad
y mueres dentro de tu oficio.

Y cuando tropiezas con tu voz
con ese ronco morir
que ocupa el lugar del sonido
y embiste contra la oscuridad
que te atraviesa como dardo
el secreto que tiembla
después del dolor
no te rescata.

La casa que ha sido tu morada
caminando con otros pies
en el día liso
que da mínima cuenta de sí
adonde la hora no llega
la casa con la sala afuera
ya enmudece
codo a codo remontando su cielo.

Aún te sostiene ese sueño
del que no volverás
que te reclama
moliendo tu desamparo
extraído de un mendrugo de pan
dirigido hacia tus cenizas

ese sueño se abre paso
sobre tus costillas
a menudo también sobre el papel
se pone al lado del origen
sólo el cansancio
le otorga plenitud
un material de cristalería
lo refleja como el fuego
con un bocado de esperanza.

La palabra que despierta
ese sueño tardío
adosado a tu ruta
sigue navegando en tu voz
camina en secreto
sobre el zumbido de las piedras
y responde a tus enigmas
con un dolor en los huesos.

Esa palabra no dicha todavía
rueda sobre una
tierra común
muy alejada de sus
propios arreos
desgastada por la presión
de su vientre
convertida en una tea estremecida
que debes perdonar a tus glándulas
y cuando vuelva
dile que vas a morir
con la nostalgia madura
apoyada en tu puerta.

Lo que has percibido
por la hendidura del corazón
es un fragmento de tu secreto
un trozo de muro agotado
al rojo vivo
apoyado junto a tu cabeza
bruscamente ilegible
sostenido por la tierra
por la plegaria de la tierra
en su accidentada fragilidad
como una mirada continua
enredada en tus miembros
en el simple horror de la pulpa
escrito en el extremo
de tu respiración.

No tienes rostro
ni grandes sigilos
ni una mejilla varada
ni te consume esa quimera

careces de una ventana
donde colocar tus muros

pero construyes el llanto
bajo el agua
expulsada de tus habitaciones
con ese silencio frío
que penetra por tu boca.

Pusiste ese rostro
junto al mar
esos barrotes sin crepúsculo
ese cansancio que se sienta
en tus rodillas
ese dolor que hace
mala figura
esa ternura cogida
con las manos en la masa.

Nada te falta
la desdicha no te oprime

abres la reja
que te sostiene de un hilo
en ese cielo
agrandado por el viento
al otro lado de la tierra
en la impostura
que hace de horizonte
para que el agua cicatrice.

Todavía buscas
el río sordo que aplacará
tu sed
la lejanía sumergida
en el pasto
el cielo manso
de los arroyos
que no alcanza para tu boca
en el subsuelo
de tu desnudez.

Sigue tu camino
aún escondido en el barro
abre esa puerta
que duerme de este lado
del muro
y corona tu horizonte
pon las manos en tu voz
y silencia ese aire
que te separa de tu destierro.

Esa tierra
que te tiende la mano
y navega en tu corazón

ese campo donde los sueños
deponen sus armas

esa boca que calla el secreto

esa casa donde el amor
ha perdido coraje
y ofrece su cuello al verdugo

esa ciudad donde arde tu vida.

Has sido fiel a tus temores

los mantienes bajo tierra
de cara a la pared

con los brazos en alto
se retuercen con dificultad
en el lado oscuro de tu máscara
antes de recibir el golpe de la azada.

Posas la mano en tu corazón
la levantas con el puño
donde no penetra el desamparo
y el aire es su alma gemela
y se ríe de su silencio
no crees en ese gemido
que sale de tu costado
donde tu mano
vende cara su vida.

Tu hambre está a la intemperie
y se muere de frío
se cubre hasta las rodillas
escalando los desastres
que hacen arder su locura
padeciendo la dureza
de los días
la ternura de las llamas.

En tu tierra se obtiene
la serenidad del corazón
dando vuelta al ocaso
así se golpea a la melancolía
que no tiene futuro
y se coloca al abismo
bajo tierra
buscando su tuétano.

Te echas el miedo
sobre los hombros
cabalgas con él
firme velas sin que
nadie te vea
en el territorio
del que te han desalojado
por puro temor
donde hace tiempo
has desaparecido
con tu cuerpo al descubierto
sobre el borde de tus deseos
padeciendo la gravedad
de tus ilusiones
con ese miedo arrumbado
caído en desuso
y sin fuerzas
en el cual vives.

La paciencia ha de sobrevivir
a tu derrota
al dolor
o a la desgracia
que no te vivifican
ni encienden tu fuego
y sólo dejan rastro
en el invierno
en el agua apretada
cortada a tu medida
con un poquito de sombra
donde hundir tus huesos.

En cuanto a tu derrota
paladeas el sabor
de esa tierra sin lumbre
que jamás se doblega
pero borra con sus huellas
tus caminos.

Has hecho que la voluntad
preste oídos a tu suerte

oh rumor de los días

que te asomas a la página
a la distancia del corazón

mantén la tristeza
hasta las rodillas

y que tiemblen los páramos
con ese profundo susurro
de la tierra
que precede a tu alegría.

Cuando el día te visite
muchas muertes habrás recorrido
países cortados en rodajas
caminos huyendo en desbandada
cielos ocultos tras las rejas
lagos abandonados
a la intemperie
árboles talados en mitad
de su angustia.

Detrás de ti
sólo queda la tierra prisionera
absuelta en otro tiempo
el antiguo vendaval
detenido en el suelo
como falso dolor
y quedan los pasos regados
que te acompañan
con su fuego húmedo
adherido a tu máscara.

Los sueños ya no dirigen
tus caminos
volcados sobre el grosor
de la música
que apenas emana del aire
cayendo gota a gota
para erizar tus cabellos
esa tristeza al abrigo
de los vientos
sólo te sirve de consuelo.

Quién canta detrás
de tus anchos hombros

la perdiz que duerme
todos los días

la oreja que viene
caminando por el aire

pero tú no sientes cansancio
ni tibieza en este viaje

que entra a empujones
en tu corazón.

Qué te impide contemplar tu derrota
que no llega hasta el horizonte
y cierra su puerta perdida
con un temblor en los lomos
renunciando a los escombros
al vértigo que corre por tu habitación
donde suenan tus huesos.

No soportas la garganta
del enemigo
ni el enorme martillo
que pisa la tierra
como un instrumento de tortura
vuelve los ojos a la antigua casa
hacia el aire cerrado
con olor a inocencia.

Qué cielos miras ahora
que no cuentan con el alba
ni con lo que te propones
llevar sobre tus hombros
y siempre echas de menos
cielos caídos en desgracia
arrancados de su fuero íntimo
como si los pisaras
con tu otro pie
que te dan la espalda
cuando te has dormido.

En tus habitaciones
no hay lágrimas
ni escaleras que se hunden
en naufragios
ni arena recién salida
de los sueños
sólo una piedra
que se sonroja ante la escarcha
o se inclina para hablar
con el silencio.

Imaginas que tu casa
continúa en ascenso
o camina hacia su extravío
donde se interrumpen los cuartos
y los ladrillos se desprenden
uno a uno

esa casa que gira con el sol

ella hizo lo que pudo
con suficiente desconsuelo
sin soltar su plenitud
percibiendo el final de su locura
el engranaje de sus lágrimas
las heridas firmemente abiertas
el poder de tu lengua.

Tus caminos son como el diluvio
te inundan con su desasosiego
hacen subir la nieve hasta tu rebeldía
aunque nada ignoras de la desgracia
aunque tu cuerpo se olvide
de la piedad
o destierre sus secretos
de los que cada día sabes menos.

Qué sientes ahora
protegida de la demencia
llevando tu sendero hasta un rincón
despedazando el final de tu sueño
que has reemplazado
con tu hundimiento
con la confusión de los desvanes
la inmovilidad del abismo
que apenas puede con su desgracia
y esa peste diurna
que mueve tu cuerpo
lo toma por el asa
lo vacía de contenido
lo hace saltar en pedazos.

Las palabras que arropan el silencio
regresan frías a tus manos.

Tu esperanza cava con la boca cerrada
busca el camino del polvo
la ironía de la cima
la ternura que ha caído en desgracia
los trofeos que te impacientan
con su silencio
esa profundidad serena
que baja hasta el anochecer.

No tienes pasado
ni vida común
tu corazón entra por la misma puerta
la que pusiste bajo tierra
a precio tan elevado
y ahora cuenta sus secretos a solas
con voces abandonadas a su suerte
confiadas a tu desesperación.

El pasado te ha puesto condiciones
está cerca de esa humedad
que te comunica su melancolía
su grano destructor
tus miembros modificados
por el tormento
ese clima sin rostro
que florece en la vida
o se desmorona sin hacerte daño
o corta las alas de tu habitación
mirando al desastre.

Lo que heredaste
lo que se amotina en tu cabeza
la esperanza que se desplaza
al borde de la fatiga
pero segura de sí
y te alumbra a mediodía
y esa música sin raíz
a la que nunca pierdes de vista.

Que vengan los sueños
a dar la pelea
que busquen el comienzo
del día
y esa fiesta honda
detrás de las puertas
ya los sueños
no te sirven de guía
se echan al agua
después del chaparrón
cierran las ventanas
para que no entre
la noche.

Tu canto ya no cesa
te lo atas al cuello
para que ande y vuelva solo
por eso no pierde el aliento
que lo sujeta a la tierra
camina hasta el fondo del ocaso
y da vuelta a la esquina.

Ya no tienes miedo
de la muerte que salta de gozo
las veredas que vienen a saludar
a los montes
y se tropiezan con el calor
tus días que han quedado
en suspenso
y traen voces en sus manos.

Y te persigue la lluvia
puedes confiar en ella
que arrastró a golpes el cielo
y puso la oscuridad a tus pies
moviendo sus lomos
como si llevara fusiles
esa lluvia que se cansa
a cada rato
y no pierde terreno.

Sabes que nada esperas
sino el viento que sopla
entre los pedruscos
la hierba que ha perdido el camino
el agua evadida de las cisternas
que desnuda tu palabra
y la ata de la punta de un cordel.

Has confiado en tu respiración
en la memoria del fuelle
que se guarece del aire
saciado antes de emitir su grito
y la sangre sigue tus pasos
la sangre inmóvil
llena de sombras en la orilla.

Y de pronto recobras el fulgor de tu niñez
el espejo que centellea parado de cabeza
esas praderas recorridas con ingenuidad
los ríos sacados de su matriz
al guásimo columpiándose en la lejanía
paladeando el sabor de la niebla
como un fruto prohibido que te sale al paso.

Aquí sopla el viento sobre las espaldas hundidas de los montes, donde uno a uno has rescatado el sabor de tus días: la esencia de esa franja de aire se abre camino en tu lengua, sin demasiados tropiezos, nutriendo tu memoria. De este modo, el silencio te impone sus riesgos, incluso aplaude el reposo que das a tu respiración, ese giro inesperado en que ordenas los sonidos que se precipitan hacia su objetivo con una violencia fría, insegura y nerviosa.

Escucha
tu oído ha recuperado su gracia
suavemente ha levantado
la piel de tus años
tanteando en el apareamiento
de las cortezas
la fatalidad de sus orígenes

el dolor no impedirá tu sed
pero renovará el espacio
de los sentidos
que se bate en retirada
extendido en la palma de tu mano
al que no dejas morir.

Ya no sueñas
pero la tierra sube hasta tu llama
la tierra bendecida por el fuego
sacudida por la furia de sus raíces
abierta en su rigor
la tierra en su tensión extrema
con las manos destrozadas
cada pliegue un motivo para el hastío
la condición de las edades
que dominan su cansancio
vive en su costado derecho
y crea huecos donde persiste el rumor
las aguas que le comunican
su condena
y ese cuarto que rueda
hacia las tinieblas
al acecho desde montes y cañadas
es tu casa en la noche final.

También heredaste
la tierra consumida
la fidelidad hecha trizas
o algo semejante a ese misterio
cuando el horno está ardiendo
que no escapa a tu diálogo
a todo lo que has visto.

Tus palabras brillan como huesos
han visto el amanecer
pégado a un costado del muro
y la lengua que huye de la candela
y suspira por el silencio
lo inesperado del silencio
codificado por el sonido
el alba ya no tiene vergüenza
de traer los hombros desnudos.

Tus noches velan al descampado
más tersas que una caricia
tan desnudas como un soplo
vueltas al revés
te miran anudando las ventanas
por donde salen a tomar fresco.

No hay desolación mayor
que un paisaje cortado a pico
esos días despojados de sus arneses
que siguen en tu puño
sin que tú los visites
pero tu grito
cae por el borde de la desolación
y abre una brecha en su eco.

Ya nada es suficiente
el fondo de la tierra
no tiene resonancias
sólo palabras entre los surcos
un fuego silencioso
desprovisto de fe
un enigma que se borra
a medida que avanzas.

Hay serenidad en tu lenguaje
bien dispuesto se atiene
a su propio rigor
a su destino evocativo
en la intimidad natural de la página
que abre caminos en la aurora
un lugar que se pierde de vista
crecido hasta alcanzar el presagio.

Libérate de la memoria
desata tu sed
la única fuente que no toma partido
ni muestra adhesión
ni socava el misterio
donde abrevan los símbolos
pero tu sueño cabalga sobre el pasto
y muere hacia adentro
como el rocío de la mañana
defendiendo su lecho.

Te has liberado de tus culpas
el corazón busca la vigilia
el regreso de sus armas
la aventura de su adhesión al horror
los hallazgos intolerables
de la desgracia
que ponen fin a tu reclamo
y caminan de noche
burlando al enemigo.

Abandonaste tu infancia, ese portento;
dejaste tu sombra a la orilla de
la puerta, como si pensaras volver,
como si te importara el sollozo de los patios,
esas voces de los muros, derruidos por el
humo, el reclamo de los guásimos,
impensable para la multitud, hecho
flexible, a la medida de tus lágrimas.

Sobre el anillo
que cerca tus días
extendido hacia la posteridad
la brasa que alumbra
los desechos
tirita de frío
a causa de tu silencio.

Y tu muerte
ese desquite de tu destino
anterior a tu voluntad
ha construido tus heridas
ha sembrado musgo
en tus cicatrices
te dio como herencia
la congoja
el horizonte frío
que reposa todo el año
este suelo secreto
todavía sin uso de razón.

No es la inacción lo que buscas
sino la lucha cuerpo a cuerpo
que te lleva de la mano
que nace y muere de día
y llama con un aldabonazo a tu puerta
acechando como un desconocido

que las ruedas de ese carruaje
entren a izquierda y a derecha
en tus costados.

Pero la lucha te estremece
y quiere poner alto al fuego
confiar en el yunque
con que golpeas a tu corazón
engañar al arrojo
a la torpeza en la batalla
y siempre echa de menos
a ese cuerpo solo
que se bate en retirada.

Y la máscara que se oxida en tu rostro
ha vencido sus cimientos
el gesto que la ata al misterio
los accidentes de la improvisación
que le proporciona la monotonía
y cuando te arrancas ese frío fondo
de tus costillas
oyes a lo lejos la humedad.

Y tu poesía
otra máscara

una desgarradura de tu camino

el aliento que empuja
las piedras
de uno a otro rincón

como si el suelo
reclamara su voz

la inútil lengua
que oculta sus llagas
subiéndose a una pared.

No sabes qué hacer con tu camino
extinguido tiempo atrás
recorrido sólo en sueños
con la esperanza que se escurra
por la puerta
un camino que ya miras de soslayo
que sale dando tumbos
como si bebiera un licor fuerte
o se saciara en tu sed.

Buscas un refugio
que gire en torno a ti
una llanura donde seas pasajero
una edad que no sea una humillación
encontrar reposo en el toque de queda
y olvido en los sollozos.

Cuando las piedras
se arrancan los ojos
cuando el aire sale en su defensa
para salvar el pellejo
y las tinieblas te cierran el paso
errando en el blanco
no hay sonido ni dolor en tu frente
sólo tocas la madera desnuda.

Te adormeces en el lujo
sobre los estribos
pierdes la calma
cuando llegas a la costa
ya no te sostiene el talón
ni te subscribes al auxilio
del fruto
pero te santiguas
frente al verdor de tus días
antes que tomen
la senda de las piedras.

Te cobijas bajo el mismo
techo que la desgracia

has agotado todas tus calamidades

el amarillo que se esconde
en las distancias

ese horror del desenlace

la memoria que no tiene razón
pero siempre se sale
con la suya.

El misterio del dolor
y de la ausencia
ya no te pertenece
abre una brecha en tu costumbre
te hace arrojar los sueños
por la ventana
sacude la sombra
con que el viento se protege
de su rumor
de sus malos hábitos.

Muy adentro
en tu corazón
en el espacio que abres
con tu cuchillo de madera
separando la carne del dolor
esas almas gemelas
alzas la tierra
desde sus raíces
para averiguar su verdad
con buenas razones.

Ya no huyes de ti
has roto el límite de tus huellas
has dado de beber a la fuente
que nunca quiso levantar vuelo
ahora doblas el llanto
lo partes por la mitad
lo siembras a la orilla del olvido.

Tampoco te ocultas
de tu llamado
que sigue ardiendo en tu voz
abres una cicatriz en tu límite
mides la longitud
de tu pesadilla
que no puedes arrancar de su sitio
el polvo que se ha convertido
en oscuridad.

Ya no te lamentas de los patios
que bajan hasta la madrugada
ni añoras los montes
que se dan golpes de pecho
porque se arrepienten
de su debilidad
esos balcones que andan
por mal camino
o se dan a la bebida.

Esa nave no ha surcado
otro mar que el recuerdo
cuyos vientos te ponen
contra la pared
y esa tierra que has medido
palmo a palmo
que puso fin a tu consuelo
y sigue echando retoños
no desistirá de sus propósitos
aunque no domine su lengua.

El cielo desciende
hasta el fondo de tu jardín
las puertas terrestres se abren
sobre sus goznes de madera
y hay mañanas sin piedad
encuentros que llegan
tarde a casa
follajes que se agitan
mientras duermes
ríos que se cruzan
con su desgracia
o fingen dar la vuelta al mundo.

Vuelves al hogar
que hace agua

a las lágrimas
cuyo espacio mete miedo

hundida hasta el horror
en tus habitaciones

cuando el solitario crecer
no ha concluido

ni se mueve al azar
en el fondo de tus días.

Y tocas la puerta
con un sonido visible
que te estremece
con un sonido árido
que semeja un grito
con el silencio de tu voz
esa puerta se abre
en mitad del hastío.

Y no escuchas sino
el borde de ese árbol
que se desliza
dentro de tu oído
la llama que te protege del hambre
y no hay otro peldaño
que éste que te conduce
hacia el crepúsculo
siempre poco de fiar.

Y no piensas en la orilla
de esa hora distante
que se oculta tras las piedras
que sólo tiene una voz
o viaja hacia el fondo del viento
empujado por un fuego
que no termina.

Pero la lluvia no te entenece
no hace ejemplo de la piedad
como el pie tomado entre tus manos
los errores que producen vértigo
la indiferencia que se aquieta
ante la proximidad de ser tú misma
y no otra.

Hasta cuándo cultivas la sed

hasta echarla por la borda

darla por perdida

tomarla por otra

convertirla en papilla

precipitarla en el foso

hacer de su defensa

un asunto de vida o muerte

de muerte quizá.

Pero ante ti
no hay profundidad ni altura
ni un pasado secreto
ni un temblor a tu derecha
ni un silencio en las extremidades
ni una humildad apaleada
ni una caída poco fácil
ni una esperanza irrisoria
ni un secuestro verdadero
sólo guirnaldas de hojas secas
tormentas acostadas boca arriba.

Sigues jugando a que eres potro
con la marca que deja el pasto
sobre tus lomos

pero el estiércol
no se pone al alcance

no se inclina para escuchar
tu secreto

amarras tu hocico
al trajín de tus huellas

que los cascos te esquivan.

Ahora te inclinas sobre tu aliento
ya vivido
y miras hacia el canto
hacia la profundidad
de tu respiración
ese vigor del camino
una llama escapada de los días
dentro de tu boca
es tu lengua que hace penitencia.

Pon tu cabello gris
erizado
sobre el atajo
ponlo a andar por el cielo
con paso callado
por diversos caminos
con tu columna bien articulada
pon a sacudir tus caderas
si ellas respiran
pon el látigo alrededor del corazón
como si su imagen no tuviera faltas
y trata de vivir.

Siempre vacilas
entre esta puerta
y la tenacidad de tu vigilia
en la altivez de las dunas
que descansan bajo tu sombra
al amparo de grandes tempestades
más vertiginosas que la sangre
o que el silencio
resbalando por tu espalda
como el jabón.

Pero en el cielo
que ninguna lengua lame despacio
altamente inocente
todavía con una modestia verdadera
engendrando solo una velocidad
la opulencia de ese horizonte
que te protege
de tus pequeños motivos
se extiende sobre tu lecho
y libera los precipicios.

Aún no sabes
cuánta luz ha descendido
cubierta de pena
o limpia como el hueso
instalada en tu voz.

Nunca has tenido sino estos labios
para el silencio
aunque la sombra del sonido
cabalga en tu oreja
y no te deja en paz
o pierde su sitio en tu sordo lamento
y te deshonra con su bullicio
y le sobran palabras
y no se consuela con la mudez.

Elegiste una hoguera
como albergue de tu persona
una brasa inmóvil
en su callada combustión
aunque nada resuelve esa inquietud
que te inflama
y no deja ver el comienzo del fuego.

Te habituaste a llamarla
con otro nombre
esa timidez de la brasa
ese pudor de la llama
que se burla de tus propósitos
que envejece por los cuatro costados
y esparce ceniza sobre tus desvelos
haciendo más confiable el dolor.

Si el vacío te persigue
no insistas en ocupar su lugar
no ensanches su fuego impaciente
cada palabra alimenta su hoguera
pierde pie
no tiene acceso a la abundancia
cae de bruces sobre su condena
y nunca da abasto.

Te acostumbraste a la herida
que has atado con cadenas
a esa lumbre que sólo es quemadura
a la aguja que busca una grieta
sensible
detrás del corazón
para desear el momento del acero
y cada mañana abres el caudal
de tu misterio
acunando el amarillo en tu regazo.

Las ventanas de tu cuarto
con señales de vida
no las detiene el invierno
no entran a morar en tu casa
condenada al eco de tus pasos
no les concierne sino la prudencia
el cielo despojado de astros
aunque en ti no hay más yugo
que el rigor.

Debajo de ti
está el rigor
el rumor
el misterio que la muerte no abdica
y más honda que el misterio
está tu sombra
más honda que la tierra
que la sombra de la tierra
descendiendo contigo
de la mano.

La avidez del verano
la sequía en la garganta
el muro que se arrincona
detrás de su blancura
esa memoria que se arrastra
por tu casa
se eternizan en la página
las lleva el ojo
de la lengua
hasta tu boca.

No hay secretos para tu camino
ni puentes despojados de sabiduría
en el constante ascenso
de tus armas
hundidas hasta el cuello
en sus orígenes
pero tus anhelos
tienen dominio sobre tus abismos
y perfeccionan el desastre.

No has dormido sobre el lado
que te pertenece
en el otro extremo del imán
que atrae el gusto hacia tus labios

el gusto recostado sobre el techo
que arde sólo con lumbre
esa pequeña brasa que te acosa
que nunca pide disculpas
y te hace perder pie.

Cuando sonríes
ya no estás junto a la puerta
acunas el rumor
entre tus brazos
lames la espalda de la tierra
escuchas su ruido
en tu costado
y con las dos manos
palpas su humedad.

Aunque tu morada
no tuvo lugar
aunque tu casa
se ha disuelto en el agua
aunque te interrogas
sobre estos asuntos
apoyando la mano en tu cabeza
sientes la furia de tierra
en alta mar
la tierra que cabe
en tu puño cerrado
en el silencio
que proteges del polvo.

Tuya es la voz
plantada en el surco
que sostiene en sus hombros
el blanco del día
la esperanza que es una
casa boca arriba
mirando la forma de tus labios

tuyo es el silencio
que abre tu voluntad
hacia adentro
hacia la hondura
de tu confín.

La lluvia no te da el ser
ni la forma del sonido
lanzada a plomo
desde la caída del instante
mientras tú
que la escuchas
sin eco
sin agua
desde afuera de la mano
despedazando tu frente
en el interior del viento
la conviertes
en oruga
en pan
en el mediodía verdadero.

Miras la mitad del atardecer
huyendo hacia su savia
ya ese espacio obtuso
no se sueña a sí mismo
ya no te consuela ese muro apagado
que nutre tu conciencia
ya abolida
ese pedazo de utopía
que se esconde
en una edad remota.

La tierra se ha perdido para ti
la tierra abierta de tu casa
un asunto de la memoria
que entra en el claro de la llama
y sacrifica sus cimientos
mientras a tu espalda
este proceso corroe el espacio
como si lo condenara a morir.

Con la lluvia
se hace dócil el agua
chorrea por el espacio fustigado
sin callar
se desabotona en la noche
antes de desprenderse
de su desnudez
dando cuerpo a tu boca
babeando dentro de tu naufragio
que sólo busca la indiferencia
momentánea.

El agua que circula por el cielo
se defiende de tus redes
sin embargo
logras atrapar esa perfección
de la tenacidad
le das vuelta en tus dedos
colocas su nombre
debajo de la lengua
para hacer más humana
su conciencia
el conjuro de su humildad
secreta.

Si alguna vez despiertas
en medio de tus quehaceres cotidianos
de los que siempre has denigrado
perdida la costumbre
de reclinarte
sobre tus viejos hábitos
si despertaras
digo
sin desearlo
porque no te encuentras a ti misma
en la dispersa hojarasca
de los días comunes
que no te dan paz.

Con el esfuerzo de la palabra
que nunca tiene fin
o se apresta a levantar los confines
con ese anuncio
caminas hacia tu costumbre
la que abandonaste
junto a la taza de café
a la que volverás
si algún día
te encuentras de pie
en la alta acera
a la orilla de tu ilusoria vida.

Esta edición de ESTE SUELO SECRETO se terminó de imprimir el día 30 de septiembre de 1995 en los talleres de Editorial Melvin, situados en la Calle 3 B, Edificio Escachia, La Urbina, Caracas, Venezuela. Impreso en papel Premium

MONTE AVILA EDITORES
LATINOAMERICANA
A L T A Z O R

OTROS TITULOS

Los bajos sentimientos
Yolanda Pantin

Todos los poemas
Miyó Vestrini

Cantos australes
Poesía argentina (1940-1980)

Antología poética
Juan Liscano

Los oriundos del paraíso
Vicente Gerbasi

interior de las palabras, que se organi-
zan mediante una suerte de arte com-
binatorio renovado en cada texto. De
esta forma, la voz poética dialoga con el
lector haciéndolo partícipe de sus plan-
teamientos y de su sentir para tejer,
desde los triunfos y derrotas comparti-
dos en el camino que recorren estas
páginas, una complicidad que traspasa
la corporeidad de la obra. *Este suelo
secreto* obtuvo el *Premio de Poesía de
la II Bienal Mariano Picón Salas*, de
Mérida, en 1993.

Esdra Parra (Santa Cruz de Mora,
estado Mérida), miembro fundador de
la revista *Imagen* donde se desempeñó
activamente durante varios años, ha
orientado su actividad creadora hacia
la crítica cinematográfica, la traduc-
ción y, particularmente, el género na-
rrativo. Entre otros libros ha publica-
do: *El insurgente* (1967), *Por el norte
el mar de las Antillas* (1968) y *Juego
limpio* (1968). Este último bajo nuestro
sello editorial.